

BIBLIOTECA NACIONAL



0427132



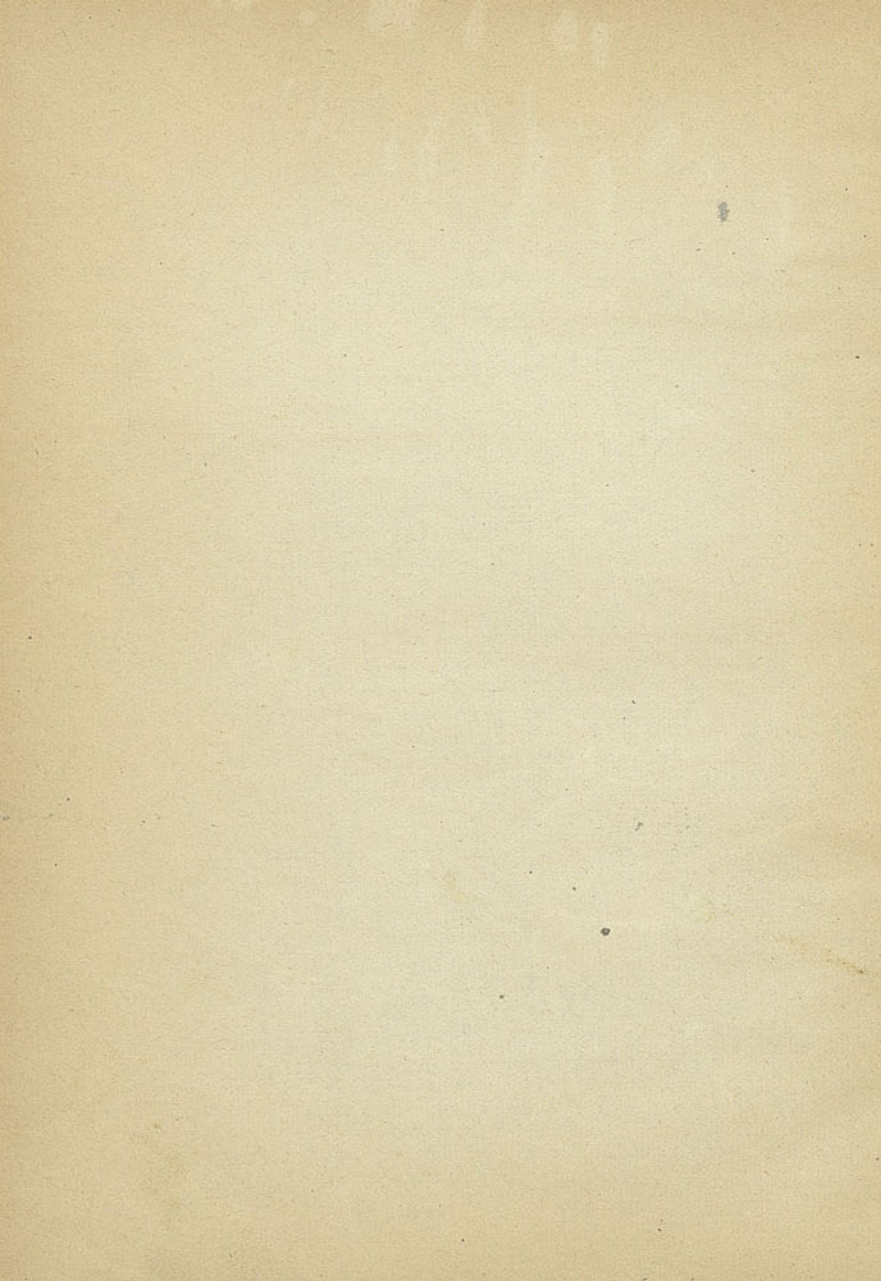
BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Volúmenes de esta obra.....	1
Sala en que se encuentra...	11
Tabla en que se halla.....	1035
Orden que en ella tiene....	29

Volúmen

Tabla

Orden



ALFREDO GUILLERMO BRAVO

EL JARDIN

DE MIS

ENSUEÑOS

(Versos)

439-2
1911



Alfred W. Grav.





AD PORTAS

Con regocijo, al mismo tiempo que con pena, tan sincero el uno como la otra, y excento, sin embargo de toda reticencia, reconozco y proclamo (me atrevo a reconocer y á proclamar), en la portada de este libro, el advenimiento de un poeta.

¿Cómo no regocijarme si no obstante lo que he vivido—viendo de qué incontrastable manera se impone la realidad positiva del mundo sobre la desinteresada nobleza del ensueño poético—soy aún, á mi pesar y con intermitencias, el mismo iluso del aula escolar? ¿Cómo no sentirme apenado, si no puedo ménos de comprender las graves responsabilidades que trae con-

sigo la misión del poeta y qué martirios indecibles aguardan al que á ella se consagra con todas sus potencias, nó por pura vanidosa ostentación sino por fuerte é incontenible sollicitación de su propia naturaleza?

Momentáneo ha sido el conflicto de tan encontrados sentimientos; porque he considerado bien pronto que si la vocación poética es fatal y proviene, no sé si decir de lo más hondo ó de lo más alto, á nada conduce el contradecirla, ni nada, hu de poder, para desenvolverla, el aplauso más ó menos ruidoso y halagador de la muchedumbre del mundo. En suma, siendo, para mí, la poesia una cosa (no encuentro otra palabra), una cosa completamente personal, ha de ser la del poeta una función íntima; su labor, extraña á todo incentivo exterior; su resultado, producto espontáneo, sin miras de cotización en el mercado social. El castillo de «mi poeta» no ha de tener ventanas a la calle...

Si tal es mi concepto de la poesia ¿habré de incurrir en la vulgaridad de tocar ó retocar la obra que el jóven

poeta ha puesto en mis manos, y en cuya primera página ha querido estampar algunos pensamientos míos?

Decididamente, nó.

Adelantaré, con todo, que, a mi juicio, este libro dará alimento variado, más nó abundante, á la crítica: de una parte, por sus protestas y sus gritos de rebeldía contra las miserias é injusticias sociales; y por otra, si se le aplican, en exámen riguroso, tales ó cuales artículos del Código Lexicográfico, del Gramatical o del Retórico. Pero, apesar de esas críticas, ó quizás á favor de ellas, yo insistiría en mantener mi aseveración primera, puesto que ni la forma en que se escribe ni lo discutible de las ideas que en lo escrito se expresan, son los constitutivos de un poeta. Son, todos lo sabemos, ciertas condiciones de «por dentro», ciertas caracterizaciones interiores, ciertos aspectos «humanos» del escritor.

Y en el alma de Alfredo Guillermo Bravo han coincidido, resumiéndose y compenetrándose, esos rasgos fundamentales, entre los cuales pre-

*dominan y se imponen soberanamente la **sensibilidad receptiva** y la intencionada sinceridad con que en cada momento se busca expresar con justeza lo que se siente.*

Gustavo Silva





PROEMIO

A Ernesto Mayer, mi hermano de corazón.

¿Soñé? Quizás...

Yo, un niño. Alguien, no sé quién fuera,
acaso algún Dios-Hombre, ó acaso un Hombre Dios
un libro mago, una ave, talvez una hechicera,
no sé... más, alguien hubo que me habló en baja voz.

«Muchacho,— me recuerdo, dijo—detén el paso,
y no te olvides nunca de lo que vas á oír:
la vida es como un campo muy inmenso y muy raso
donde hay sólo dos flores, son Amar y Sufrir»...

«Busca siempre esas flores Ama á todos y á todo
sufre por cuanto juzgues digno de tu dolor;
eres hombre y por eso, mancha oscura de dolor, *loso*
pero si amas y sufres te tornarás fulgor»...

Por los claros caminos de mi infancia tranquila
avancé oyendo el eco de esa voz sepulcral;
como un remordimiento llevaba en mi pupila
la visión de una estrella y la de un lodazal.

Pero, niño inconsciente, feliz con mi Fortuna,
tejiendo ensueños vagos, seguí, seguí, seguí,

como por una noche, (talvez noche de luna)
sin ver nada preciso, atento sólo á mí...



¡Volaron mis niñeces! Ya ha dado mis veinte años
el reloj de mi vida. ¡Es el amanecer!
Al fin, al fin mis ojos nostálgicos y huraños
he paseado en contorno y he conseguido ver:

He visto, si, la vida, traji-comedia amarga,
para algunos tan breve, para otros tan larga,
festín que en apariencias al bienestar convida
y en donde hay tanta llaga con sedas escondida,
en donde el clamoreo de risas y canciones
no deja oír, hermanos, tantas lamentaciones...

He visto que á lo largo de la senda terrena
á unos toca el látigo y á otros la cadena,
que existen muchos séres sin calor y sin techo
y un centenar de hambrientos por cada satisfecho,
que para cierta carne sólo se hicieron leyes
y que hay hombres que reinan porque nacieron reyes...

He visto que el bien se hunde con la abyección en guerra,
que la Justicia no echa raíces ya en la tierra,
que hay quienes disfrazados como sus sacerdotes
alzan en nombre suyo risibles monigotes,
y en su nombre escudados ejercen de verdugos,
y en su nombre, ¡profános! uncen todos los yugos...

He visto la batalla del vivir. cruel batalla
en que ¡ay! de los vencidos y ¡ay! de aquel que desmaya;
el gran rebaño humano, manso á la par que fiero
porque los más son lobos con pieles de cordero;
he visto, en fin, el mundo, la selva misteriosa
que no da más al hombre que la cuna y la fosa...



¡Oh, en éste mi solemne despertar veintenario
siento en mi sér potencias incógnitas bullir,
y por la vez primera, ingénuo visionario,
comprendo lo infinito que es Amar y Sufrir!

¡Amar todo lo puro, todo lo grande y bueno,
la luz porque es Belleza, la Verdad porque es luz;
sufrir divinamente, hasta el pesar ageno,
sufrir con la asombrosa locura de Jesús!

Y, así he cantado, hermanos. Mi espíritu se eleva
muy léjos cuando siente su lírico fervor.
¿Seré un poeta? Acaso, si es poeta quién lleva
todo un mundo en el alma de amor y de dolor.

Así he cantado, hermanos; porque angustias y amores
han sido sol y riego aquí en mi corazón,
de mi **Jardín de Ensueños** no han brotado más flores
que rosas de amarguras, que lirios de ilusión...

En estos, mis veinte años, asomarme he querido
sin prejuicios ni encantos de la vida al umbral
y este montón de versos de mi ser ha surjido
como un supremo grito profundo y pasional.

Este montón de versos es un cáliz que encierra
de la ternura el néctar, de la cuita la hiel;
con él he modelado para cruzar la tierra
algo como una espada y algo como un broquel.

Este montón de versos lo forjé con martirios,
(con mis raros martirios de amar y de sufrir)
sobre las piras sacras de mis rojos delirios
y en las fraguas sonoras de mi acerbo sentir ..

En ellos se fulguran reflejos estelares,
ni las Formas ostentan su fantástico tul;
son toscos y salobres, talvez hasta vulgares.
¿Pues qué?... Son de la tierra ántes que del azul!




Almas esperanzadas, pastores de quimeras,
mis ritmos, este incienso de mi lírico altar,
os ofrendo. Vosotros que la vulgar esfera
huís, sabreis sentirlo porque sabeis Amar.

Y os lo ofrendo á vosotros, los que sobre una alfombra
de abrojos, baldonados marchais por el vivir,
á vosotros los párias que como yo en la sombra
arrastrais fatalmente los fardos del Sufrir!

III 1911



CAMPO GRIS



Flores de Olvido

A Zoilo Escobar

¿Nunca habeis visto, amigos, esas flores sin nombres,
de todos olvidadas, esas flores modestas,
incógnitas, que viven cual viven muchos hombres
sufriendo sus miserias, callando sus protestas?

Buscadlas en los sitios más solos y lejanos,
en las áridas tierras que ninguno cultiva;
es allá donde habitan, léjos de los humanos
y del pensil en donde crece la orquídea altiva.

Esas son las «humildes» de los mundos florales,
las que no glorifica ni el pincel ni la lira,
las proscriptas al frío de los agrios eriales,
las que, aunque como todas, nadie jamás admira...

¡Yo, las amo, las busco y son mis preferidas,
porque espontáneas nacen y crecen sin cuidados,
porque tienen bellezas nunca reconocidas,
porque tienen derechos y les son usurpados!

¡Oh, me parece y creo que esas miseras flores,
como todo el que lucha con la impotencia en guerra,
sienten ansias inmensas de otras vidas mejores
que esta vida de acasos que se vive en la tierra;

Las amo y las prefiero. En su eterno abandono
me son extrañamente cariñosas y bellas,

y me figuro á veces, que un recóndito encono
todos los demás sérés quieren saciar en ellas...

¿Y verdad que así: tristes, humildes, solitarias,
nacidas solamente por un favor divino,
seméjense á los pobres, seméjense á los párias
víctimas de arbitrarios estigmas del destino?

Si, todos los que sufren tienen su semejanza,
y hermanos son aunque sufran de opuestos modos,
su ideal es el mismo, la misma su esperanza:
«La dicha de la vida se ha hecho para todos»...

Cuando miro esas flores de olvido y de misterio,
que me son como el símbolo de los hijos del llanto,
¡ah! yo sueño esa hora que anunciará el imperio
de las fraternidades y que ya tarda tanto...

Tarda, sí; más. es fuerza ha de sonar y entónce
por esta tierra toda brillaría la Justicia,
y ya no hará soberbios la fuerza de los bronce,
ni hará siervos la audacia, ni hambrientos la codicia.

Y de los privilegios caducará esta era
para que luzca al astro de los supremos días,
cuando el Amor Dios sea de la Natura entera
y augustas realidades las que hoy son utopias...

¡Oh, mis flores mendigas, esperad esa hora,
esperadla vosotros párias que agonías
vais de cuna á sepulcro... ¡Llegará, aunque demora,
como para Judea llegó la del Mesías!



La casa del Estigma

A don Ricardo Escobar Cerda, que
me enseñó á amar la magnáni-
ma ciencia de Lombroso.

La visión de las fieras enjauladas,
en cuyos ígneos ojos se refleja
el ardor de sus iras de humilladas,
no me ha sido tan ruda y espantable
como aquella visión: tras de la reja,
reja fría, tenaz insobornable,
del pestilente caserón vetusto,
como un fétido enjambre de gusanos,
se revolvía aquel montón de humanos,
bajos los ojos y el semblante adusto.

Eran los delincuentes, los que el crimen
tornó en séres de horror y de fastidio,
los que expían y nunca se redimen
entre los murallones del presidio!

¡Nunca! Saciar la ley en su venganza
enmascarada de castigo, puede
para aquel que pecó ser esperanza;
pero ¿y la sociedad que lo baidona?
Juez y verdugo que en befar no cede,
la sociedad feroz jamás perdona...

Allí estaba la chusma, la sombría,
la torva chusma de malditos séres,

y en ella — á todo inútil — la energía
del músculo impulsor de cien talleres.

Y ante el dolor de aquella turba inmunda
despertaron con trágicos temblores
los odios que fermento vengadores
en mi entraña más íntima y profunda.

¡Ah, los fatales renegados! ¿Cómo
pudieron no caer en el camino
si del astro del Bien no les dió el Sino
ni un fulgor, ni un destello, ni un asomo?
Hijos del lodazal, en cuyas venas
hervía sangre secular de vicio,
revividores de lejanas penas,
pudieron evitar el precipicio
del mal? ¿pudieron en su obscura vida
sin amor, sin creencias, sin mirajes,
domar la bestia cruel de los ultrajes
que estaba al fondo de su ser dormida?

¡Ah, los fatales renegados! Si una
fuerza invencible, si una ley suprema
les impone pecar desde la cuna,
la humana ley para no ser blasfema,
podrá intentar la redención, acaso
podrá cerrarles por la tierra el paso,
más, nó arrojar sobre ellos su anatema!

Sólo la Ciencia se alzará ante el Crímen,
curará el mal ó estudiará el enigma,
más, la cárcel, las penas y el estigma,
miente el añejo dogma, no redimen...



La enlutada

A Hugo Silva.


Hoy la he visto, rauda pasar á mi lado,
como una cuitada, como una visión,
muy ligero el paso, sin fijarse en nadie
y muy á los ojos el negro mantón.

La miré hasta verla perderse á lo léjos,
después intrigado pensé: ¿Quién será?
¿por qué lleva luto? ¿por qué su recato?
¿qué recuerdos llora? ¿qué penas tendrá?

¡Dios mio! ¿Quién puede leer en las almas
de todos los séres que vienen y ván;
nos rozan, y pasan, y siguen las calles
en pos de quién sabe qué incógnito afán.

Talvez, (más, ¿qué importa?) yo nunca conozca
las íntimas causas del mal de ese sér;
para profesarle cariño en silencio,
que sufre y que llora me basta saber...

Dama de misterio, mujer enlutada
que rauda á mi lado pasar he visto hoy,
¿tú eres de los tristes, de los angustiados?
pues, yo soy tu amigo;... no, tu hermano soy!...



Canto de Muerte

A J. Novoa Orellana.

A pleno sol, por el erial sendero,
subió jadeante hacia la cumbre ansiada.
Al alcanzarla, por su rostro austero
vagó un siniestro y lúgubre visaje
y se extendió su trágica mirada
por sobre aquel espléndido paisaje.

Era un abismo formidable. Al fondo
olas, rocas y un mar sin una barca,
un mar inmenso, tenebroso y hondo;
arriba la gran bóveda extendida
y en ella el sol, el cósmico patriarca
en un derroche de esplendor y vida.

Asomóse al abismo solitario,
después alzando su bizarra testa
sonrióse con desdén el temerario,
y reventando á su dolor acerbo
en un canto de muerte y de protesta
hizo vibrar su prepotente verbo:

«Rugientes olas de la mar, bravías
olas que el Hado negro condenó
al azote perpétuo, hermanas mías,
también me azoto en la impotencia yo.

También me azoto yo como vosotros,
vientos de loco y eternal correr,
y desolado voy sobre los potros
del Dolor á los reinos del No Ser.

A los reinos oscuros de la Muerte,
de la Nada insondable he de llegar,
para vosotras mi despojo inerte,
para vosotras, aves de la mar.

Aves, vientos y olas, mis hermanos,
de soberbia, de lucha y de pasión,
vengo huyendo al tropel de los humanos
y tengo un ideal: la Rebelión.

Porqué yo renegué de la codicia,
porque soy otro pálido Jesús
que quise alzar de nuevo la Justicia
y quise hacer en las tinieblas, luz;

Pero, caí al furor de los mandones,
sin encontrar un leño salvador
en esa tempestad de usurpaciones,
en aquel gran naufragio del Amor

Vengo huyendo á los hombres. Siento espanto
cuando evoco la sórdida explosión
de alegría y sufrir, de risa y llanto
que impera eternamente en su montón.

Yo también fui de allí. También un día
manché la flor de mi primera edad
entre el miasma de impura hipocresía
que exhala el lodazal de la ciudad.

¡Oh! la ciudad... El templo del Deseo
de lo que agobia; crimen ó dolor

donde hay tanto moderno Fariseo
y vástagos de Judas el Traidor.

El hombre es un engendro delirante,
de desesperación y de impiedad,
una bestia llagada y ululante
que lleva en sí el fervor de la maldad.

Más, él no lo comprende, no ha querido
comprenderlo jamás alguna vez,
porque hay en su cerebro envanecido
la obsesión de su estúpida altivez...

Ah! las contestaciones, lo inmutable,
ah! todo lo que es grande, lo sin fin,
como arroja su escarnio formidable
sobre ese vil retoño de Caín.

Por eso deserté de los humanos,
alta la frente, sin mirar atrás;
porque en verdad os digo, mis hermanos,
yo no soy hombre ya, soy algo más.

Soy un loco nostálgico de hazañas,
un indomable réprobo feroz,
nuevo Luzbel que siento en mis entrañas
arder la chispa célica de un Dios.

Y soy rebelde como sois vosotros
olas y vientos de veloz correr
y del Dolor en los terribles potros
voy en pos de los reinos del No Ser.

Anhelo ver las sordas gestaciones
del vientre de la inmensa Eternidad
quiero otros mundos y otras sensaciones
léjos de esta asquerosa humanidad.

A los reinos oscuros de la Muerte
de la Pálida eterna he de llegar,
para vosotras mi despojo inerte,
mi inútil armadura, aves del Mar.

.....
.....

Calló la voz del loco. Subitáneo
cruzó un cuerpo el abismo pavoroso
y en una roca se desizo el cráneo.
Reinó el silencio augusto de la Nada
y poco á poco á su festín monstruoso
fué bajando la lúgubre bandada...



Miseria...

A Juan A. Araus E. que me obsequió
la idea de estas estrofas.

El pobre reo de muerte
así me contó su historia:

«Fué en una noche,—me dijo
la anterior á aquella otra
en que con un negro crimen
labré mi negra deshonra;
yo soñé algo tan hermoso
que aún hoy mismo me emociona...

«Ví á mi madre, sí, á mi vieja
madrecita que me adora
sentada en un áureo trono
cubierta de seda y joyas.
La ví rodeada de un grupo
de princesitas hermosas
que con flores le tejían
para sus piés una alfombra.
La ví ceñirse en la frente
una espléndida corona
con riquísimos diamantes
y piedras deslumbradoras.
La ví después soberana
pasear en régia carroza
seguida de noble séquito

del que era única señora;
y alzando al aire, en seguida
mil lanzas y banderolas,
ví una muchedumbre enorme
que gritaba en son de gloria:
«viva nuestra reina amada,
nuestra reina bondadosa.»

Calló un instante.—«Ya al mundo
—continuó después—la aurora
daba su luz sonrosada
cuando desperté y ¡oh, qué honda
decepción me dió aquel día
la realidad de las cosas...!

«Allá en un rincón sombrío
de la miserable choza,
mi vieja amada, mi pobre
madrecita que me adora,
llorando estaba: «Hijo mío,
recuerdo me dijo ansiosa,
no tenemos un centavo
ni un pan para nuestras bocas!»

«Y entónces fué cuando loco,
sin conciencia de mis obras,
me eché á buscar por las calles
el trabajo ó la limosna,
y como quiso la suerte
que ni el uno ni la otra
nadie se apiadara á darme,
manché con sangre mi honra,
para llevar un mendrugo
á la reina bondadosa
de mi sueño... sí, á mi pobre
madrecita que me adora...»

.....

La muerte del padre

A Horacio Olivós y Carrasco.

En torno del lecho del agonizante
vigilan atentos la esposa y los hijos,
sólo alguna queja de instante en instante
perturba el silencio mortal del cortijo.

Afuera la lluvia... Profunda tristeza
reina en los ramajes, los montes y el cielo;
parece que sobre la Naturaleza
gravita la angustia de un inmenso duelo...

La noche que nace prematuramente
y avanza esparciendo su lóbrega calma,
dá aspecto á las cosas aún más doliente
y más amargura derrama en el alma.

¡Qué cuarto más triste, más pobre y vacío!
¡Oh! si des que el padre se encuentra postrado
lo mejor que habia pasó al montepío
para alguna pócima, para algún bocado...

Penetra una ráfaga. El enfermo ahora
ronca fuertemente. ¿Qué tendrá, Dios santo?
La madre le mira, la pequeña llora
y los dos mayores se abrazan de espanto.

El trance se acerca. — Recemos, hijitos,
— murmura la madre; — ya está en agonía,

recémosle mucho...—y todos contritos
empiezan á coro: «Jesús y María»...

«Jesús y María»... pero no prosiguen.
¡Ah! si tienen dentro de sus corazones
tanta pena, tanta que ya no consiguen
recordar siquiera ni sus oraciones.

Y lloran y gimen. Lloran con delirio,
lloran su impotencia, lo cruel de su suerte,
gimen cual las bestias ántes del martirio,
gimen cual las aves heridas de muerte.

Las horas avanzan. De frio tiritita
la infantil parvada que ya inmóvil duerme;
la madre aún vela, y el anciano agita
su cuerpo aterido, para el mal inerme.

¡Pobre esposa y madre! Al alba apacible
se inclinó á mirarlo... ¡Oh! lo encontró yerto...
Sólo un grito entónces se oyó, grito horrible:
«¡El padre se ha muerto, el padre se ha muerto!»...

* * *

Y rodó la nueva por los conventillos,
vinieron mujeres de todas edades,
en la puerta hicieron grupos los chiquillos
y algunos curiosos de las vecindades.

Cada cual espuso propios comentarios,
se lamentó el caso, se demostró unción,
y ofreció una vieja catorce rosarios
al alma del padre por una intención...

Por Dios, que desgracial Y tan bueno que era...
—Pues por eso mismo Dios se lo ha llevado

—¿Fué de tisis, madre?— Calla, majadera,
Y deja tres niños... —¡Ay! pobre «finado»...

Más tarde, unos hombres rostros de mendigos,
muy tristes y graves trajeron la caja...
¡la caja enlutada!... Eran los amigos
que con él ganaban la diaria migaja...

Allí lo encerraron en rudo envoltorio.
Persignóse un hombre, se oyeron gemidos,
pusieron los cirios y empezó el velorio
entre llantos, rezos y ayes retenidos...

Toda aquella noche se pasó la gente
junto á los despojos. Cuando volvió el sol
todavía erraban por aquel ambiente
humos de tabaco, tufos de alcohol...

Y se lo llevaron... Loca de amargura,
los cabellos sueltos, siniestro el semblante,
se abrazó la madre de sus criaturas,
cual náufrago yerto del tablón flotante

.....

¿Después?... Sólo un nido roto, la espantosa
visión de esta vida de azares y dolos
ante la tristura de la pobre esposa
y unos cuantos hijos huérfanos y solos...

Tan solos, tan solos... ¿Qué les resta? A ellas
el taller primero, por fin el prostíbulo;
y buscaran ellos para sus querellas
el vicio y al cabo serán del patíbulo...



El pecado de los ciegos

A Ernesto Montenegro.

Eran ciegos los dos. Los dos tenían
pálido el rostro, oscuros los cabellos,
y aunque muertos los ojos despedían
en su triste mirar, raros destellos.

Nunca se hablaron. Ante el atrio augusto
de un templo, á los desfiles de cristianos
que entraban á la casa del Dios justo
ambos tendían sus exangües manos.

Y como ella era jóven y era hermosa
y como había en él tanta tristeza
¡cuán pródiga la turba fervorosa
los sabía aliviar en su pobreza!

Una mañana, cuando á un tiempo mismo
pidieron,... ¡oh! sus manos se rozaron
y los ciegos gimiendo entre un abismo
de asombro y de pasión las enlazaron...

El instinto los hizo adivinarse
hombre y mujer; entónces fatalmente
se buscaron los dos para estrecharse
y se unieron dos labios y una frente!

Más, la turba los vió... Los vió la piara
que salia del templo del Dios justo
y aquella santa escena inmensa y rara
provocó los asombros y el disgusto...

Se olvidaron los célicos sociegos,
todos los rostros fueron de verdugo...
Aquel día á las manos de los ciegos
no cayó ni un centavo, ni un mendrugo!



En el arrabal

A Víctor Domingo Silva.

Frente al cafetín vulgar
del más sucio barrio obrero
un pianillo callejero
toca un aire popular.
Cae leve y sin cesar
una llovizna menuda
sobre la calleja muda.
Esta tarde que se aleja
dá la idea de una vieja
pálida, enferma y desnuda.



Aunque burda, dice mucho
la música de ese piano.
— ¿En lo trivial hay arcano?—
Mientras silente la escucho
dentro de mí mismo lucho
en vano por espantar
mi doloroso pensar,
ese pájaro señero
que del alma en el alero
viene su endecha á entonar...



Entre esas notas plebeyas
que llevan amalgamadas

protestas y carcajadas,
sensualismos y querellas,
hay voces de almas... En ellas
pienso que vibra la vida
de esa casta maldecida
de Caín el Iracundo,
de los que cruzan el mundo
llorando la fé perdida...



El alma del arrabal,
el alma vil de la negra
raza que nunca se alegra,
la que habita el hospital,
la pobre alma universal
de las fatales dolencias,
desgrana sus confianzas
ya gimiendo, ya entre risa
en la armonía imprecisa
de esas profanas cadencias...



¡Oh! nunca en el alma mía
antes de ahora he sentido
un poema más vivido
ni de más melancolía...

.....
Cae, cae, lluvia fría,
y tú, pianillo vulgar,
cuenta, cuenta, sin cesar
el secreto, sobre el lodo,
ya que podeis decir todo
lo que otros deben callar...



Caido...

A Alberto Toro Arias.

"Audaz, altivo, luchador y fuerte,
"¡halló al salir del sueño de la vida,
"la realidad del sueño de la muerte."

D. FERNANDEZ ESPIRO.

Sobre el mármol de autopsias, en pavorosa calma,
hallé del visionario el cuerpo ya sin alma.
Sus ojos entreabiertos, fijos, petrificados,
fingían mirar mundos antes nunca mirados;
por su boca aún vagaba la sonrisa apacible
del que realiza al cabo lo que creyó imposible;
y en la sien de su cráneo, (un cráneo con potencias
para engendrar borrascas de ideas y creencias),
resaltaba, entre manchas de sangre, el agujero
por donde entró la muerte, su delirio postrero...



Pues bien, ¿qué rayo pudo tornar ceniza y lodo
á aquel tronco soberbio desafiador de todo?
¡Ah! las íntimas luchas, las ciegas obsesiones
de las almas que piensan y tienen convicciones!
Apóstol y guerrero, quizás vió en lontananza
su ideal, y alcanzarlo fué toda su esperanza.
Se acentuó el espejismo, y él redobló su empeño,

hasta tornarse esclavo de su intangible ensueño...
Así llegó al instante en que su alma cansada,
no pudiendo ser todo, intentara ser nada...
Y estalló aquel espíritu... ¡Formidable montaña
que hizo volcán el fuego que guardaba en su entraña!...
Fué trance inevitable... Fué como un cataclismo,
como vértigo horrendo que tuvo ante el abismo,
este abismo insondable que se llama existencia,
del cual son tan escasos los que tienen conciencia...



Y la anónima récua, las juntas del prejuicio,
¿meditaron siquiera ante tal sacrificio?
¡Oh, la turba inconsciente sólo hace comentarios
y planea ó vocifera sus juicios arbitrarios!...
Un luchador que cae... No lo digáis rendido,
ni que haya desertado porque lo veis caído.
No forjeis para el caso móviles al antojo
los que no militásteis bajo su pendón rojal...
Y, lo que es peor, vosotros, irreducibles necios,
no le declaréis digno de estigmas y desprecios,
porque aún para aquellos que profesan su lema
eso es un gran misterio, eso es un gran problema!...



Los barredores

A Gustavo Silva.

De noche, ya tarde,
cuando de la urbe declinan las bullas,
cuando tras ninguna persiana luz arde,
de sus barrios pobres, sin aire, sin flores,
salen las patrullas,
las largas patrullas de los barredores.

Salen y se esparcen por las calles solas;
van en ellas niños, mujeres y ancianos,
de frío los chicos haciendo cabriolas,
tristes las mujeres, los viejos muy lentos,
pero todos flacos, de pálidas manos,
todos harapientos,
como lamentables despojos humanos,
con rostros de pena, de estrechez, de asombro,
todos con sus viejas escobas al hombro...

Después de mis largos
paseos amargos
por las misteriosas calles del suburbio,
los hallo. Perdidos casi entre una infesta
nubada de polvo sofocante y turbio
barren, barren mudos todo el desperdicio

grosero que resta
del diario bullicio:

Papeles, guijarros,
cintas desgajadas,
restos de cigarros,
flores pisoteadas...

Las casas semejan una turba hurafía
de viejas oyendo la música extraña
que al rodar las flacas escobas deslien
sobre las baldosas, sobre los mosaicos,
y arriba, impasibles, parece que rien
los arcos voltáicos.

Por horas y horas prosiguen silentes
la ruda tarea,
cuando al fin enjugan sus pálidas frentes
ya el alba clarea...
¿Y qué?... ¡Si son pobres;
y es fuerza que aquellos que la Suerte olvida
tengan que ganarse los trozos salobres
del pan cotidiano con trozos de vida!...

¡Fuerza es que así sea porque la avaricia
de dicha y tesoros hace monopolio,
porque entre los hombres Amor y Justicia
son ya como reyes que no tienen solio...

Bien comprenden ellos que en su ruta umbría
un fantasma espía
con ojos hambrientos su agobiado paso:
la Muerte, la Muerte, que aunque redentora

para muchos, todos esquivan la hora
de su eterno abrazo!

¡Ah, la vida siempre parece tan corta!
Y siguen por ella la lucha... No importa
rendir las entrañas al tóxico enjambre
de la tis que bulle dentro el polvo rancio...
¡De morir, más vale morir de *cansancio*
que no morir de hambre!...



Dolorosa mía...

Cuando vine hacia tí, tú ya sufrías
y como admiré siempre lo que siempre sufrió
por eso he puesto todas las alabanzas mías
en tú holocausto, ¡oh, blanca Princesa del Dolor;

*

Recuerdo que una tarde me dijiste;
—¿porqué sufriré tanto?—Y yó pensé:
—Eres cual todo aquello
que ha debido ser triste
para poder ser bello,
(crepúsculo, añoranza, Margarita Gautier...)

*

Tú fatal amargura fué el más tierno,
y poderoso encanto que me llamó hacia tí;
yo quiero que ese encanto sea eterno,
y es así que á menudo
á impulsos de ese anhelo te soy cruel y sañudo,
y ante tu amor me yergo porfiadamente hostil...

*

Por brotar una lágrima doliente
batalla á todas horas en tu mirada azul,
yo quiero que esa lágrima reviente

el día que mi labio pose en tú labio ardiente,
pues, sé que en esa perla llevas el alma tú;


*

Tú alma,— que no es una alma de alegría—
tan sólo en una gota de llanto puede estar,
yó beberé esa gota, vírgen mía,
y así mi alma y la tuya serán una no más....



CORAZÓN...

«Fuimos como los barcos que se cruzan en la noche y saludan su paso con luces lanzadas al aire, para perderse luego eternamente en la sombra.»



Tórnate humana

¡Oh! mi visión fantástica, alma hermana
de mi alma, ven á mí, tórnate humana;
sér igual de mi sér,
así como en mis noches de delirio
te he visto tierna y blanca, como un lirio
hasta mi descender,

en mitad de esta senda áspera y larga
por donde haciendo voy la tan amarga
jornada del vivir,
aparécete y dime: «peregrino,
te vengo á acompañar en el camino,
yo seré para tí.»

Tórnate humana, ¡oh, maga, compañera
de mis solemnes horas de quimera,
ensueño y frenesí,
que del mundo en el piélago infinito
me siento naufragar y necesito,
necesito de tí!

Ya estoy cansado de buscarte: en vano
entre el bullicio del tumulto humano
en pos de tí vagué
y á las puertas de muchas almas bellas

llamé creyendo adivinarte en ellas,
más nunca te encontré...

Tórnate humana; aquí en mi solitario
cuarto de abandonado visionario
te abriré el corazón,
y escucharás de todas mis creencias
las íntimas y extrañas confidencias
que jamás nadie oyó.

Y tú, sensible candorosa y buena,
con sólo darme tu caricia, ajena
del mundo á la ruindad,
harás que mi alma huérfana sacuda
esta noche de hastíos y de dudas
en que gimiendo está.

Ave azul, ensoñada en mis niñeces
ven á alegrar las hondas lobregeces
de mi espíritu gris;
*«ven, sombra de Ideal dulce y serena,
tú, la Extraña, la Única, la Buena,
la que no ha de morir.»*

Tórnate humana ya; si es uno mismo
nuestro postrero fin ¿por qué un abismo
entre nosotros dos?
Cuando dos aves buscan primavera
van en su viaje por la azul esfera
siempre en estrecha unión.

Deja de ser una ilusión, paloma
de paz soñada en mi dolor, y toma
las formas de lo real;
no porque de la tierra en la existencia
se mancille lo excelso de tu esencia
me quieras olvidar...

Tórnate humana, ¡oh, núbil compañera
de mis solemnes horas de quimera,
ensueño y frenesí.

Ven, mi blanca Señora de Delirio;
pária soy que en la hoguera del martirio
alzo mi acento á tí...



El advenimiento


Yo nací peregrino de un Ideal,
Errante,
con mis pupilas fijas en un cielo distante
vagaba en pos del astro que mis pasos guiara
por esta tierra, siempre para mí tosca y rara;
más al no hallarlo nunca, ya fatigado y triste
iba á cerrar mis ojos cuando tu apareciste.

Apareciste, ¡oh, Única, cuál te soñé: en contraste
con todo lo terreno y hasta mi sér llegaste.

Llegaste á mí sonriente como la luz del día
llega sonriente al antro de la noche sombría;
llegaste á mí en la hora de la desesperanza
como á las tempestades el iris de bonanza;
llegaste salvadora, como el sorbo templado
á los labios resecos del viajero extraviado.

Eras mi destinada...; si no hubieras venido
en tu visión habria mi grande amor rendido!

Porque ántes que llegaras, tú ya en mi ser vivías
quizás desde qué climas y qué remotos días;
yo adoraba en silencio tus extraños encantos
y en tal culto cifraba la paz de mis quebrantos.
Eras mi destinada... ¡Sólo tú en mi camino
pudiste ser el astro de que fuí peregrino!...



En la penumbra de tus ojeras

En la rara penumbra de tus ojeras
estampó una incorpórea mano ignorada
el poema doliente de lo que esperas
en tus largos insomnios de apasionada.

Hay una voz heraldo de tus dolores
en la rara penumbra de tus ojeras,
donde están palpitando los resplandores
del fuego de tus sueños y tus quimeras.

Es como alguien que amante siempre me espera
para llevarme al fondo de tu alma-arcano,
esa rara penumbra de tus ojeras
que te presta el encanto de lo extra-humano...

Ah, ¡cuándo yo silente y en honda calma
fijo en tí mis pupilas, bella hechicera,
creo oír los arrullos de mi alma y tu alma,
en esa la penumbra de tus ojeras....



Tu risa

Tu risa es el secreto de tu encanto. Ese coro de armonías que forma tu reir, enagena; tu risa es clara y honda, como campana de oro, y como trinos de ave, candorosa y serena.

No llevas en tus gracias un más grande tesoro que esa cristalería que en tu garganta suena; la omnipotencia tienes en tu reir sonoro, y misterioso como la voz de una Sirena...

Y yo te amé en tu risa... ¿Recuerdas? ¡Qué extrañable fué el encuentro! Pasaba por el parque aquel día; tú reíste, y al punto te presentí adorable,

porque, ¡oh tu carcajada, bajo aquellos cipreses, fué tan extraña y bella que me soñé que oía orquestando á mi lado cien violines vieneses!...



Sus manos

¡Oh sus manos, castos lirios
del jardín de mis delirios!...

Son dos manos de prodigio. Blancas, finas y pequeñas son como alas de paloma, siempre tibias y sedosas, y entre el tul de la manguilla que las besa, tiembla y flota se me ocurren esas manos cabecitas de gaviota.

Cuando torva, pavorosa, por mis cielos interiores cruza hambrienta la bandada de mis lóbregos dolores, la caricia de esas manos en mi frente helada y mustia es el mágico milagro del alivio de mi angustia.

Esas manos son geniales. Cuando pálidas y leves, como inquietos pajarillos que jugaran sobre nieves, por las teclas van ahondando de las notas los arcanos, ellas vibran, ellas sienten; son dos almas, no dos manos...

Sus manitas que trabajan... ¡Cuán piadosas y cuán suaves cuidan ellas de las flores y dan granos á las aves sus manitas laboriosas... ¡Ah, qué orgullo más intenso siento al verlas, mecedoras, con su aguja sobre el lienzo...

.....
Blancas manos de prodigio, tiernas manos milagrosas, manos pálidas, geniales, manos suaves, laboriosas, ¡oh, que nunca entre la angustia y el pavor de la partida os estreche y os dé el beso de la amarga despedida.

Resurrección

¿Ves, reina de mi amor, ves esas flores
que alfombran la pradera?

¿Oyes, mi dulce bien, oyes los trinos
que llegan de la selva?

Es que muere el Invierno, es que de nuevo
nace la primavera
y el triunfo del Amor y de la Vida
proclámase en la tierra.

¡Dame un beso, mi bien, que nunca acabe,
más grandes que la Gran Naturaleza,
sólo una vez y para siempre alcemos
el himno que cada año repite Ella!



El hastío consiguiente...

Sed tenían mis labios de sus labios de fuego.
Alcé mi voz rogándola... Ella accedió á mi ruego...

Como un obsesionado, porfiadamente fiero
pensé entregarme al vértigo de aquel beso primero,

pues creía que en mi alma dejaría su boca
algo como las huellas de un rayo en una roca

huellas que nada borra, por siempre evocativas,
hondas huellas febriles eternamente vivas...

Y la besé con ánsia... Pero qué breve exceso
de espasmo y de locura fué nuestro primer besol

Apénas los unimos retiramos los labios,
cual de súbito heridos por secretos agravios.

Temblorosos bajamos nuestra frente abatida
como lo hacen las fieras después de una embestida.

Y los dos en silencio... ¡Qué silencio, Dios mio,
más elocuente y sabio, más agobiante y friol...

Trae un abismo horrendo de hastío y de dolor ;
el momento que viene tras de un beso de amor.

Es que el conocimiento de lo no conocido
nos dá el fatal cansancio de lo ya conseguido;

es que hay por cada anhelo que el alma satisface
una ilusión que muere y un fastidio que nace...

¡Oh, lo que es nuestro encanto, no se debe alcanzar;
todo logro arrebatata la dicha de esperar...



La hora gris

¡Que mañana de alegría
fué la en que te conocí,
y cuán hosca y cuán sombría
siento la tarde este día
en que me alejo de tí!

Las aves,—tesoro amado,
gloria del viejo jardín—
sus nidos han olvidado
y dispersas han volado
quién sabe hácia que confín.

Y aún bellas y olorosas
han muerto malvas y rosas
en los tiestos del balcón
¿No parece que las cosas
poseyeran corazón?

¿Y tu y yo? ¿Nuestros amores?
Pobrecilla no lo sabes...
Quiéren los Hados traidores
que hemos de ser como las aves
y nuestro amor cual las flores...

Para nuestra historia suena
también ya la hora gris.
Vé cual viniste: *serena*

única, solemne y buena,
no llores que es un deslíz!

Esto era algo presentido
que había al fin de llegar,
no debí enseñarte á amar
si para el trance temido
no sabías olvidar...

Sí, del hastío el invierno
invadió mi corazón...
Blanca flor, pájaro tierno
soñé en mi alma un sol eterno
y os aprisioné... ¡perdón!



No me juzgues infiel

No me juzgues infiel porque tus suaves,
tus piadosas caricias ni compenso,
cual otro tiempo devolví con creces;
¡oh! ya no puedo amarte, tú no sabes
que siento en mi un vacío tan inmenso
que con todo tu amor no lo abasteces...

No me juzgues infiel, pues que ya tantas
y tantas veces ¡ay! por no mostrarte
la brusca realidad del desengaño,
en vano osé correr hasta tus plantas
y de nuevo volver á idolatrarte
con mis ansias frenéticas de antaño.

Olvidame y adios, ya que la fibra
del sentimiento y del amor como antes
por tí en mi yerto corazón no vibra.
Debo ser olvidado y no querido,
pues soy como esos pájaros errantes
que no pueden vivir siempre en su nido.


Pero, no llores nunca la desgracia
de esta historia fatal que hemos cantado;
con los puros tesoros de tu gracia
puedes crearte un astro en el sendero

que borrando las sombras del pasado
te ilumine esplendente el venidero.

Sigue la vida; el porvenir te espera.
Para adornar tus sienes todavía
en el jardín del mundo hay muchas flores,
y déjame también con mi quimera;
tengo una sed inmensa de alegría
y una ambición sin límites de amores.



FLORES
DE
ENSUEÑO



La amiga bohemia.

A mis compañeros de la ya lejana
«Bohemia Poquita Cosa»

Los buenos camaradas que la vieron
(porque ella siempre se ocultó) decían
que era hermosa y gentil la niña aquella.
Yo sólo oí su voz, una argentina
voz de veinte años, y escuché el milagro
de sus manos de flor sobre las frías
teclas del viejo piano de su alcoba,
allá en las horas para siempre idas
de sentimentalismo, entre la amable
y amorosa quietud de la buhardilla
dónde íbamos—¡oh, niños visionarios!—
a buscar el ensueño de la Vida...

De gran chambergó y corbatín volante,
todos en el dintel de la existencia,
con el alma repleta de esperanzas,
así éramos entónces. La «bohemia»
un pobre cuarto en que no había sino
libros, pinceles, pipas y acuarelas,

era el común hogar. Allí, en las noches,
mientras llovía tristemente afuera,
nuestras almas profanas se iniciaban
en el culto del Arte y la Belleza...

Y era en aquellas noches, apacibles
noches de sentimiento y de ilusiones,
cuando «ella», como effuvios de violetas,
como lluvia de pájaros y flores,
en su vecina alcoba, sobre el piano,
desgranaba los líricos acordes
de esos poemas sin palabras, de esos
infinitos poemas que Bethoven,
Mozart, Wagner y Schubert entonaron
sólo por dar al alma de los hombres
una idea de Dios...

¡Oh, la sedosa
pasión de aquellas noches. Una á una
gozábamos las notas del piano
en el silencio de la noche oscura,
y en «ella», la invisible vecinita
pensábamos...

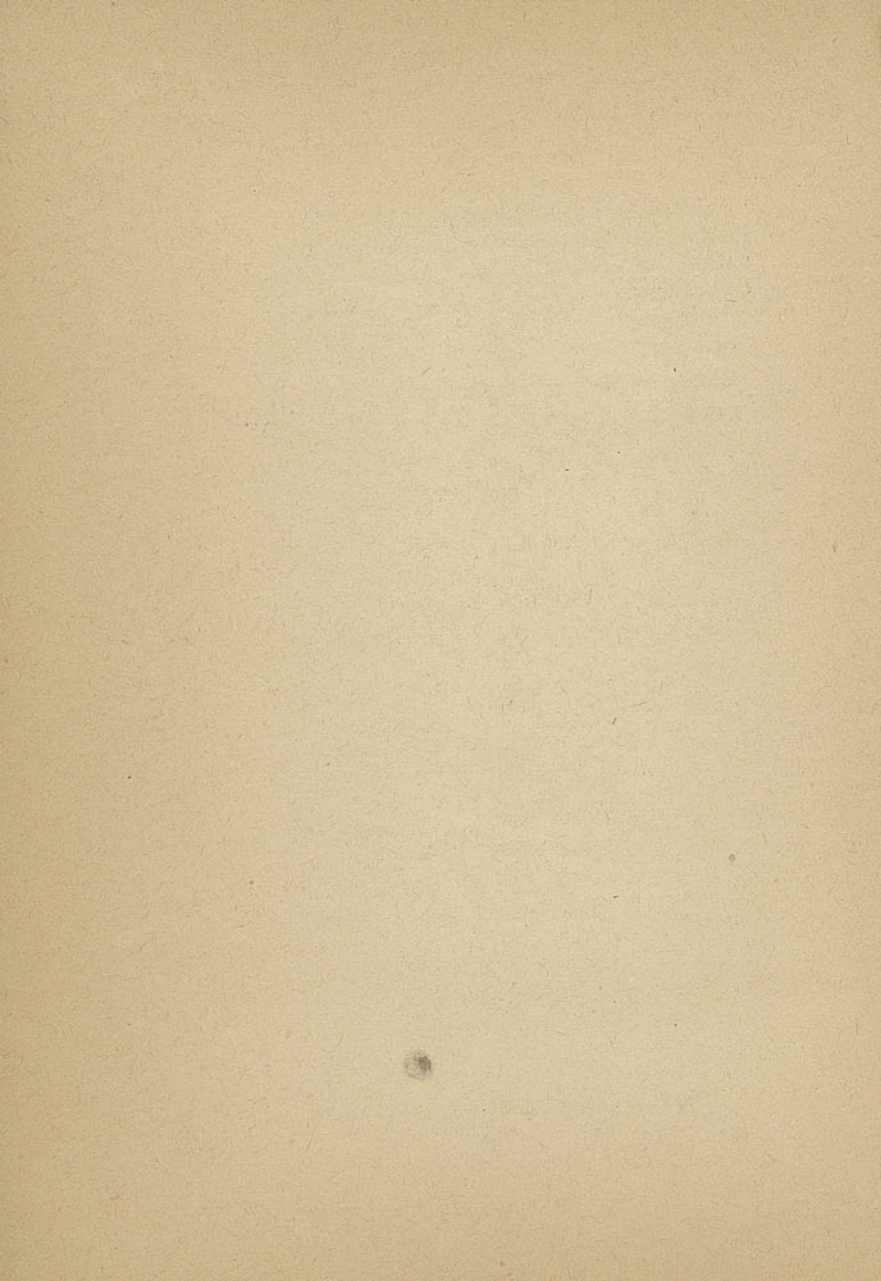
Ideal en la penumbra
de la imaginación y de la buharda
veíamos su pálida figura,
y absortos musitábamos estrofas
en su loor, estrofas y ternuras
que ántes pudo haber dicho únicamente
Perriot enamorado de la Luna...

Piadosa amiga de aquel tiempo ido,
(para siempre)... Mimí consoladora
que nuestro ingénuo ardor participabas
desde el misterio de tu muda alcoba,

¿en donde estás?... ¿te ha dado la Fortuna
su cruel zarpazo ó su caricia? Ahora,
no eres ya libre?... ¿o al igual que entónces
gusta aun de conversar á solas
en la expresiva lengua de los pianos
con bohemios de faces soñadoras?...

¡Oh, buena amiga de aquel tiempo ida,
si aun sabes soñar... yo te bendigo!...





El desencanto

Tras un árbol corpudo del parque
recatóse en silencio. Era su ansia
contemplar desde allí cuándo menos
aquel baile donde ella se hallaba.

¡Cuántos vagos rumores de orquesta
cuántos écos de voces humanas
por la abierta ventana salían
y hasta el parque silente llegaban.

Y riendo ó en los ledos coloquios
por la sala de luces colmada
cuántos seres dichosos veíanse
deslizarse al compás de la danza.

El muchacho callado, anhelante,
pero exenta de envidia su alma
tras el árbol corpudo del parque
como en sueños todo eso atisbaba.

¡Ah, por ella, allí estaba, por ella
la lejana, imposible adorada,
la mujer ideal que podía
mitigar sus neurósisis extrañas.

Y sufría pensando que arriba,
en el regio salón, se ahogaba
entre tanto bullicio esa virgen
con una alma tan pura, tan blanca...

De improviso, muy juntos, mui quedos
al balcón un galán y una dama
asomaron... ¡gran Dios, era ella
en el brazo de un hombre apoyada!

En seguida dos ruidos se oyeron:
el de un beso en la abierta ventana
y el de un ¡ay! tras un árbol del parque,
el de un ¡ay! de suplicio y de rabia...

Y después por el parque silente
una sombra velóz se alejaba,
y una voz sollozante jemía:
«era ella, alma pura, alma blanca!»...



Nada...

A Luis Enrique Carrera, en el
recuerdo de Carlos Pezoa Veliz

Este era un poeta que siempre venía
á tejer en ritmos la delicia mía.
Jóven, flaco, terco, raro y solitario,
siempre pensativo.... ¡Un estrafalarío.

Un día de lluvia, muy pálido, sobre
la piadosa cama de un hospital pobre
lo encontraron muerto las monjas—las fieles
hermanas del triste—Entre sus papeles
sólo se halló versos...

Datos á porfía
pidieron algunos para la elegía;
pero nadie supo nada del extinto,
ni el crítico Pérez, ni el artista Pinto.

Dijeron las gentes que sería un loco
ó algún pobre diablo que comía poco,
y filosofaron todos, sin recatos:
«¿Murió?, pues, al hoyo...» ¡Vaya unos ingratos!

.....

Una paletada le echó el panteonero:
mudos emprendieron de vuelta el sendero
los pocos amigos.... Tras la paletada
nadie ha dicho nada, nadie ha dicho nada...

Gatos y hombres

A Alberto Moreno.

¿Qué pensará ese gato que inmóvil parpadea
bajo el sol, desde el alba, sobre esa chimenea?
¿Disipa, acaso, á fuerza de sol la calentura
que ha cogido con otros en alguna aventura?
Pero, ese animal flaco, de rebelde mostacho,
tiene el mirar esquivo y el espinazo gacho,
y un espinazo gacho y unos ojos esquivos
sólo los acostumbran los séres pensativos...

ooo

El buen Sol á los gatos produce hipocondría,
y quien sabe si anhelos de hacer filosofía...
Ellos son de la sombra, para sentir la vida
la lobreguez requieren de la tierra dormida;
más, en la clara aurora, con la luz sana y tibia,
sufren tedios, esplines y sueños de lascivia.
Los asaltan visiones de gatitas serviles,
de ratas hechas trizas y de canes hostiles;
y á los rayos solares, entre nostalgias hondas,
recuerdan y reviven sus noctámbulas rondas...

ooo

De este modo, los gatos (poeta, no te asombres)
imagino que vienen á ser como los hombres,

como esos hombres, digo, que nunca hallan su centro
en la existencia porque son enfermos de adentro,
como esos hombres, digo, que el huracán recato
solo inmolan al triunfo de su delirio innato,
como esos hombres, digo, en apariencia abismos,
y en verdad, sólo charcas, por leyes de atavismos...

.....
¿Y qué hará ese gatillo que inmóvil parpadea
al sol, cual un borracho, sobre esa chimenea?...
Como algunos poetas, talvez ahoga su ánsia
lucubrando poemas de gris extravagancia...



Oyendo el 2.º «Nocturno» de Chopin

Como el eco de una queja muy lejana,
de un lamento interminable, de una cuita,
lentamente se desgrana
la armonía de esa música infinita.

¡Oh, el paisaje que me evoca: noche clara,
todo el campo que se baña en luz de luna,
la mansión arcaica y rara
y los cisnes jugueteando en la laguna!

Junto al muro del castillo canta el paje
su nocturna serenata de tristeza
y, allí tras del cortinaje,
duerme, duerme la princesa...

Es un cántico profundo, es un cántico sublime
que adormece mis dolores mientras brota.
¡Cómo llora, cómo gime
ténue, leda, misteriosa cada nota!

Alma mía, huerfanilla visionaria,
alma nunca comprendida, ¿no lo escuchas?
Es tu acento, la plegaria
que has alzado tantas veces en tus luchas....

Tú también tienes amores y en la noche sin mañana
del vivir también invocas con tu trova plañidera,

á esa cándida princesa tan lejana, tan lejana,
tu imposible princesita: la Quimeral

¡Oh armonía de otros mundos! oh canción divina y tierna,
que como un favor vinisteis hasta el mundo de los vivos,
en tus frases vibra una alma, (¡alma eterna!):
la de todos los poetas sensitivos,
la de todos los artistas y dolientes pensativos...



Ella...

A Juan M. Rodríguez.

¿Sabeis como es Ella? Es como ninguna;
jamás la vió nadie, por eso es mi orgullo;
sólo yo he tenido la inmensa fortuna
de admirar sus gracias, de escuchar su arrullo.

Vino á mi una noche. (Era la doliente
virgen que en silencio tanto tiempo amara.)
Clavó en mi sus ojos tierna y largamente
y luego esfumóse su silueta rara...

Desde entonces, siempre pálida y sombría,
envuelta en aéreos y blancos cendales
desciende en las noches á la alcoba mía
esa colmadora de mis ideales.

Nace en el espacio, se acerca á mi lecho
me tiende sus brazos, me mira y me nombra;
pero, cuando intento juntarla á mi pecho
se aleja, se interna, se pierde en la sombra...

¡Ah si yo esa blanca, dulce sombra mía
por mi senda hallaral ¡Ah si en este oscuro
caós de la tierra la encontrara un día
como flor de loto sobre el cieno impuro!

Pero háce ya tanto que mi alma la espera
corpórea y humana, más nunca ha venido:

¿Acaso ella debe ser mi compañera
en ignota vida que aun no he vivido?

Y en tanto, ¿es mi Sino sufrir la agonía
de ver en mis horas de insomnios letales,
sólo como engendro de mi fantasía
á esa colmadora de mis ideales?



La duda del futuro

De pié sobre la playa, la vista en lo lejano el piélago contemplan. Desde el azul arcano rie el astro de plata. Sus monorrimos graves entonan las salobres brisas marinas. Aves fatídicas y negras salen de vez en cuando de entre los agrios riscos y se pierden volando por los mares desiertos... ¡Oh la melancolía de esta noche de luna!...

Dí, ¿me amas niña mía?—

—*Con el alma te adoro*—Qué gratamente suena al corazón del hombre la voz piadosa y buena de la virgen. Callados, se estrechan largamente, como si pretendieran resistir á un potente brazo que los separa. Ella medrosa y leda los párpados entorna; en sus labios de seda dijérase que anida la nostalgia obsecante de otros labios. Al cabo, por un rápido instante, vencidos al impulso de un pasional exceso, abonan sus bocas al espasmo de un beso...

En un arrobamiento de quietud y ventura se quedan enlazados; más, de pronto él murmura: *Amada, ¿y el más tarde? ¿al final de la senda, seguiremos amándonos?...* ¡Oh, la pregunta horrenda va á caer como un mundo sobre sus almas!

Muda, muda y negra es la noche del futuro y la duda, la angustia de los que osan con vista escrutadora

penetrar ese caos es cruel y roedora...
Ambos callan y tiemblan! ¡Que atroz derrumbamiento
de ensueños han sufrido con aquel pensamiento
El mañana... ¿quién puede predecir el mañana,
si pesa el ignorarlo sobre la suerte humana?...

Y tristes, cabizbajos, con una misma duda,
se alejan lentamente de la playa desnuda...

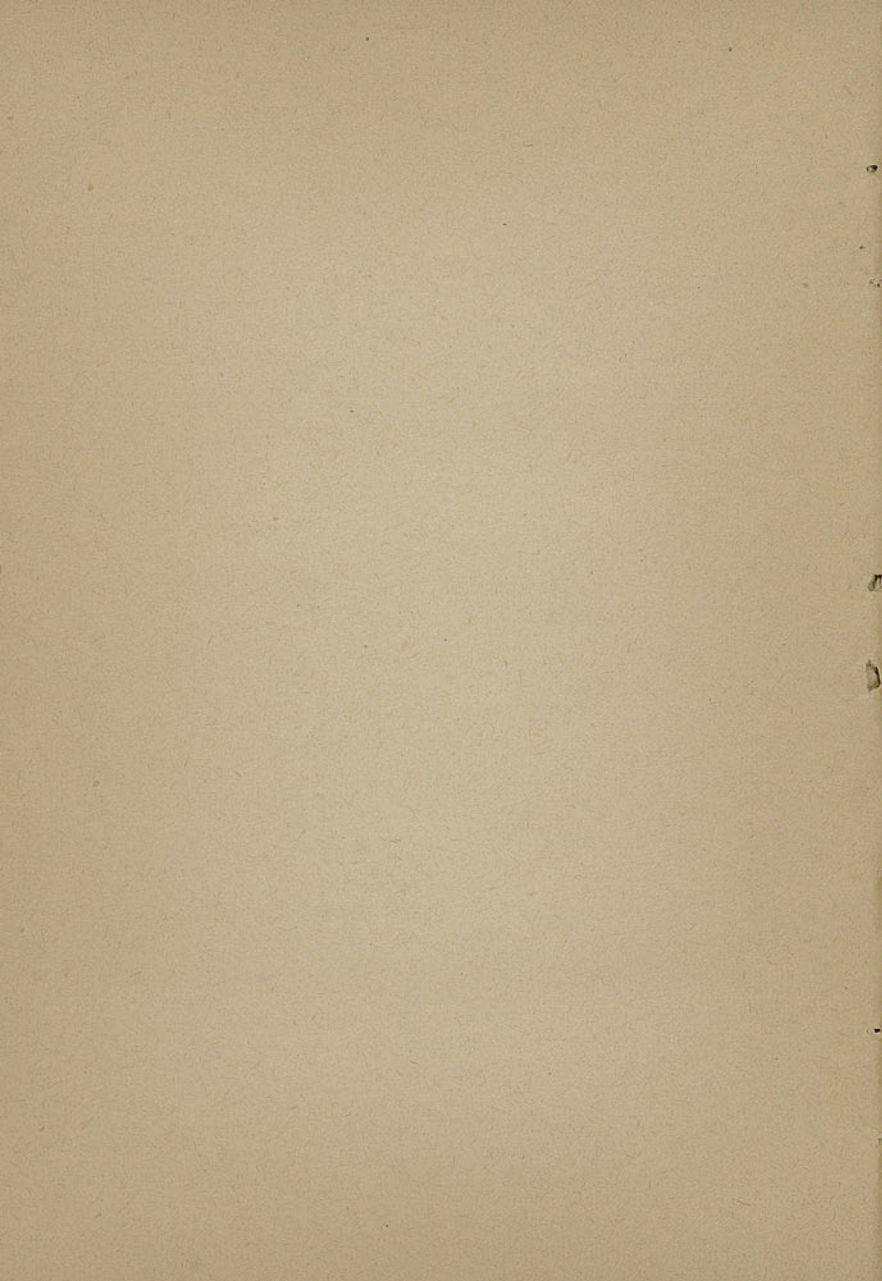


La contrición

Fué la Bella Agraviada hasta la casa
del Señor y sus culpas confesó;
y luego, redimida, entre sollozos
de Magdalena, el templo abandonó.

Pero, salióle al paso el Ex-Amado
pidiendo una vez más conciliación;
lo miró la contrita, y como siempre...
volvió la espalda y con desdén sonrió...





El tesoro

(Tema ajeno.)

Ebrio, cansado y ardiendo en ira
penetra al cuarto del arrabal,
donde su madre llora y suspira
porque él no llega y es tarde ya.

Al ver su cara terca y sombría,
ella pregunta: ¿Qué traes, dí?
y él le responde: Majadería,
¿Qué importa á nadie? Jugué y perdí.

Nada más hablan. La pobre anciana
dormida queda, poco después,
y, acaso, en sueños ve ya el *mañana*
de ese hijo loco, de ese hijo cruel.

Más, él, no duerme. Fijo en su mente
tiene el tapete donde perdió;
«he de vengarme»,—clama inconsciente
y obsesionado por la ambición.

Recuerda, entónces, lo que ha oído
decir á varios en el burdel:
«Tu madre es rica, guarda escondido
un cofrecillo y el oro en él».

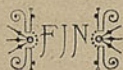
Y como un tigre que ya encontrara
para su hambre la ansiada res,

se alza gritando: ¡Eh, vieja avara,
dame tu cofre, lo quiero ver!

Ella despierta sobresaltada,
y suplicante gime: Por Dios,
si en él no tengo ni oro, ni nada
que útil te sea. No te lo doy!...

Tal negativa su rabia acrece,
y yendo á ella, fuera de sí,
un puñal blande, y una y más veces
lo hunde en el pecho de la infeliz...

Y luego, ansioso del gran tesoro,
levanta el cofre de entre el nidal,
lo abre y encuentra... los rizos de oro
que lo adornaron en otra edad...



INDICE

	Págs.
AD PORTAS.	v
PROEMIO ...	9

Campo Gris

Flores de olvido	15
La casa del estigma.	17
La enlutada	19
Canto de muerte	21
Miseria	25
La muerte del padre	27
El pecado de los ciegos... ..	31
En el arrabal... ..	33
Caído.	35
Los barredores.	37

Corazón...

Tórnate humana	43
El advenimiento	47
Dolorosa mía	49
En la penumbra de tus ojeras	51
Tu risa	53
Sus manos.	55

	Págs.
Resurrección	57
El hastio consiguiente	59
La hora gris	61
No me juzgues infiel	63

Flores de ensueño

La amiga bohemia	67
El desencanto... ..	71
Nada... ..	73
Gatos y hombres	75
Oyendo el 2.º Nocturno de Chopin.	77
Ella... ..	79
La duda del futuro... ..	81
La contrición... ..	83
El tesoro... ..	85



ESTE LIBRO SALIÓ A LUZ EL DIA ONCE DE MAYO
DE MIL NOVECIENTOS ONCE

